

El gabinete de los sueños

Angelina Muñiz-Huberman

La puerta del gabinete se cerró con suavidad, casi en silencio, como queriendo que nadie se enterase de que había llegado una nueva paciente. Pero el coche de caballos a la puerta lo desmentía: alguien había llegado. Alguien que no quería anunciarse, cuyo borde de la falda rozaba levemente el suelo, cuya capa envolvía un cuerpo sedoso y cuyo velo cubría un rostro en misterio.

El médico había esperado ansioso. Había repasado el orden del gabinete, los sillones de terciopelo, el aparador con la colección de figurillas arqueológicas traídas de todas partes del mundo, los cuadros que pintores amigos le habían regalado, la alfombra persa en tonos rojos y azules, el samovar de Rusia, las carpetas bordadas de la ciudad de Brujas, las espesas cortinas de brocado, la lámpara de Tiffany. Todo estaba en orden y pulcro, ni una gota de polvo, ni un rincón sin luz. Los libros aparecían en hileras impecables, encuadrados en piel marfil y con un filete dorado. Sobre una mesilla lateral, una serie de pipas yacían a la espera de ser usadas: pipas de raíz de cerezo, de espuma de mar, de cerámica y hasta de mazorca de maíz. Al lado, varias latas de tabaco picado con mezclas de distintos orígenes, un retacador de plata y una provisión de limpiapipas. Pero en este momento, el médico no fumaba porque quería que su aliento fuese fresco. En el escritorio de caoba, un cuadernillo y una pluma hacían notar su presencia. El diván de cuero oscuro y una manta escocesa a un lado estaban listos.

¿Listos para qué? El mismo médico no lo sabía. Ése es el misterio de un gabinete. Todo está listo y no se sabe para qué. No se sabe cuál será el padecimiento del enfermo, si podrá diagnosticarse, si será curable, si vivirá o morirá. Si la enfermedad será real o imaginaria, adquirida o heredada, contagiosa, epidémica, irreversible.

El misterio del cuerpo se aúna al misterio del alma. Porque la enfermedad puede ser mental y entonces el misterio es aún mayor y la curación, si la hay, dilatada. Una curación amorosa, lenta, fiel. Que une indefectiblemente. Que invade la memoria. Que bucea en aguas tenebrosas. Que quisiera aclarar el paisaje, como después de una tempestad.

Yosef Shamai no sabe a lo que va a enfrentarse. Esta vez está más inquieto que otras ante la primera visita de

un paciente. Presiente que será un caso especial y no deja de sentir miedo ante la infinitud de posibilidades y la pequeñez del conocimiento humano. Su fama se ha extendido por los rincones de la Tierra, pero eso no garantiza su certidumbre. No quiere cegarse por la vanidad y considera cada caso como el primero que atendió. Valora el elemento de la sorpresa y de la absoluta atención.

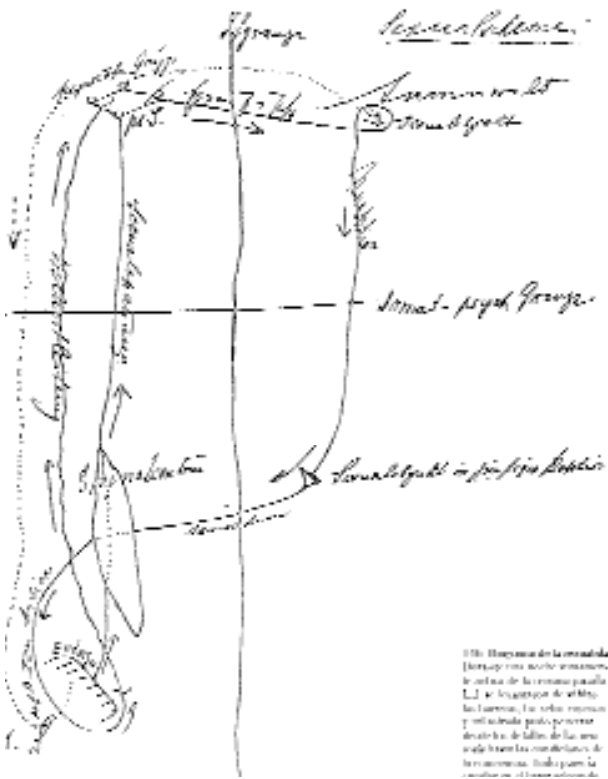
Su inquietud se acentúa porque la voz de quien viene a visitarlo le ha causado una honda impresión. Una voz joven, firme, cálida. De tonos envolventes, sensuales, prometedores. Una manera de pronunciar y una dicción aterciopeladas. Y él tendrá que escuchar esa voz, darle prioridad sobre la suya, dejarse envolver en sus palabras y su especial manera de componerlas, aceptar su ritmo, el énfasis y el acento de las frases, la ondulación, la elección de ciertos significados, las asociaciones, los puntos de apoyo, el modo de interrogar o de afirmar, de dudar, de simular, de concentrarse o de dispersarse.

El arte de escuchar le absorberá por completo como un arte placentero, como un canto de sirena que le distraiga de su oficio. Pero, ¿entenderá, entonces, lo que ella le cuenta? O lo que ella le cuenta, ¿será el pretexto para otra relación? ¿Por qué piensa eso si ni siquiera ha empezado a hablar con ella? Si ni siquiera la tiene frente a sí y ya está imaginando lo que pueda suceder.

Sí, la puerta del gabinete apenas se ha cerrado con suavidad, casi en silencio, y ahora ella está frente a él. Yosef Shamai reacciona y le pide que se siente en uno de los sillones de terciopelo. Antes de hacerlo, ella se desprende del velo que detiene el sombrero y él le quita la capa de los hombros. Ha sido como desvestirse y, sin embargo, no ha intervenido el pudor. El pudor de él y el de ella. Aunque más el de él que el de ella, cuando debería ser al revés: el médico es él.

Al quitarle la capa ha rozado levemente sus hombros y ambos se han estremecido y al ser ambos se justifican. Yosef se ha detenido un rato para colgar la capa y reponerse. Empieza el interrogatorio, al principio de manera fácil, pues son las preguntas rutinarias, esperadas, las que aún no comprometen.

En ese momento, alguien ha tocado con los nudillos la puerta y ha entrado la esposa de Yosef con la bandeja



Aguafuerte de Ferdinand Schmutzer, 1926

del té y las pastas. Los ha mirado y algo ha sentido, pero se repone, no es nada, se dice.

Yosef retoma las preguntas y a ratos bebe un poco de té. Ella ha declinado beber y permanece estática, casi paralizada. Se ha arrepentido de estar allí. No quiere contestar a las preguntas y se cierra como con un caparazón. Lo que quisiera es levantarse en ese momento y salir corriendo. Lo hace. Sin contestarle ni decirle una sola palabra recoge sus cosas y se marcha sin más.

Pero la verdad es que no lo ha hecho. No lo ha hecho, sigue ahí. Se ha ido a su modo, pero tendría que regresar. Con frecuencia sabe irse de la presencia de los demás y quedarse a un lado, sin oírlos, sólo viendo cómo se mueven sus labios, se frunce el ceño, se escapan gotas de saliva, se entrevén fragmentos de dientes, se estremecen los músculos faciales. Entonces las palabras dejan de sonar y pertenecen a un idioma desconocido que se oye vagamente, en sordina, y nada significa. Como si recuperase el inicial estado de la infancia en el que sólo se escucha mas no se habla. Y no siente la necesidad de contestar porque tampoco podría hacerlo. Ésa es la manera de Yalina de escapar a toda comunicación. Lo hace tranquilamente sin que su vista se opaque, con una leve sonrisa apenas marcada en las comisuras de la boca.

Acaba de penetrar en un bosque exclusivo, con senderos apenas marcados y poca luz entre las ramas de los espesos árboles. Se dirige hacia el claro y, como en un sueño, sabe dónde está. Aparta las ramas con una mano y se inclina con suavidad para poder pasar. No destruye las telarañas porque sabe que es un arduo trabajo y se queda un rato a contemplarlas. El zumbido de los insectos

no la ensordece y el ágil salto de liebres o de ardillas es su deleite. Sonríe. Inhala aire fresco. Huele el conjunto de aromas de las hojas secas, de las hierbas, de los matorrales, de las agujas de pino y también el olor rancio de la vegetación húmeda y marchita. Siente una inmensa felicidad y la pérdida del tiempo es tan intensa que se funde con la eternidad. Solamente prevalecen los sentidos y ése es su más perfecto momento. Un momento de silencio, marcado sólo por el vibrar del aire, donde la palabra ya no cuenta ni suena. Es la soledad asumida en unión con la naturaleza. Como estar unida al proceso de la creación y a lo que podría llamarse dios mismo en su elemento.

Pero esa revelación no se ha dado en su verdadero lugar: ha ocurrido en un espacio sin límite de su pensar o de su imaginar o de su desear. Nada que ver con la realidad del gabinete y las palabras interrogadoras de Yosef Shamai.

Sin tener relación alguna con sus preguntas, Yalina empieza a hablar y a describir el claro del bosque que puebla su imagen mental. Entonces, es el turno de callar del médico famoso. No esperaba esa revelación vertida hacia el exterior. La sorpresa y una fascinación que lo envuelve sin poder desprenderse de ella, lo hunden en un pozo sin fondo. Un pozo sin fondo que él desconocía. Un deseo de hundirse más y más, de dejar de ser él para ser un cuerpo ajeno que flota y sobrenada. Un abrir los ojos ante las palabras de su paciente y ver ante sí el bosque, y sentirlo y absorberlo de la misma manera que ella.

Entonces, los dos han penetrado en el bosque y se hallan en el mismo lugar del claro. Junto al manantial,

que está ahí, frente a ellos, escogen el lugar exacto y la poderosa sombra que habrá de cobijarlos. El tupido colchón de maleza seca será la perfecta cama que los aguardará. No habrá mucho qué decir, simplemente, acomodar un poco las oscuras hojas en acompasado movimiento de los dedos. Tan cálidas, tan crujientes y olorosas.

La paz del espesor rodeará el silencio del alma.

Empezarán las manos por recorrer las formas y el tacto se afinará hasta su clímax. Se cerrarán los ojos como en un sueño apretado que no se recuerda al despertar, sino por leves imágenes que se lucha por rescatar y que escapan a todo peligro.

La forma del placer se convierte en una sola expresión y el resto del mundo ha caído en el olvido de todas las cosas. No suena el rodar de los carruajes ni los cascos de los caballos. La puerta del gabinete ha desaparecido. Nadie toca con los nudillos para luego recoger la bandeja del té. Los hechos han dejado de suceder y una inversión de todo acto es la verdadera razón de ser. Como las primeras fotografías que, en error, se revelan al revés y si fueran películas se harían correr a su principio.

Se trata, en el fondo, del ansiado regreso al paraíso perdido.

Con la connivencia del paisaje añorado y del murmullo de las aguas solaces, como en égloga de tiempo perdido que no volverá.

Son los cuerpos los que se aman y es la tierra la que los acoge. El murmullo del entorno va en aumento pero los oídos de los amantes son sordos. Y no es murmullo sino deseo de murmullo. Que, ¿para qué se quiere el murmullo?

Extraordinarios momentos de zozobra entre los mares del bosque, aquellos que conducen al único orgasmo del principio del fin.

Solamente ellos, los amantes perdidos en el claro se han muerto para renacer.

Las secas hojas que han formado el mullido lecho crujen y se adhieren levemente a las ropas, al cabello, al borde del alma imaginada. Un perfecto éxtasis une las afinidades reconocibles y naturaleza, hombre y mujer son únicos. El sol entre las ramas, entrevisto por los dos cuerpos acostados, no lastima los ojos ni abiertos ni cerrados. Un encantamiento previsible pero que nunca podrá suceder.

Una serie de lecturas que han hecho ambos, de paisajes, pinturas, música y poetas románticos, se les ha vuelto realidad inescapable. Se han visto arropados por esas épocas que nunca existieron más que en imaginaciones trasnochadas. Que la realidad era otra, como otra es siempre la realidad. Si es que la realidad es.

Yosef Shamai y su paciente Yalina abrazan entre sí el claro del bosque, que no hay mayor abrazo que el del deseo fundido.

Deseo que, de tan fuerte, los vuelve al gabinete mágico y las preguntas se escuchan y las respuestas se expresan. El claro del bosque se ha borrado. La imaginación corta el ribete de los sueños y anula el engaño del tiempo. Sólo el espacio cobra su lugar. El gabinete se define.

* * *

Esa noche, Atria, la esposa, ha preparado perdices para la cena recordando un antiguo cuento en el que el tiempo se desdobló como prueba de la magia de la realidad y el espacio ubicuo fue atributo de la vida humana. Prueba alquímica que permitió a los personajes estar y no estar en dos lugares a la vez y en dos tiempos a la par.

Mientras sirve las perdices, Atria ha hablado así:

—Los sueños de los pacientes no son verdad. Pero los médicos se lo creen. El sueño es sólo el doloroso nacimiento que cuesta reconocer. Sus vagas líneas o sus nítidos contornos se debaten en los necesarios opuestos. Yosef, querido Yosef, has sido engañado.

Yosef no contesta. No hay manera de contestar.

Atria continúa sirviendo la comida y agregando una espesa salsa de nueces y pimienta al guiso. El olor es irresistible y acentúa el apetito.

—Yosef, querido Yosef, no te dejes engañar, que los caminos errados son múltiples y el regreso es difícil. ¿Estás ante un espejismo del alma?

Tampoco contesta esta vez Yosef Shamai. Porque nunca se contesta a una pregunta: una pregunta no sabe su respuesta, si no se haría.

* * *

Esa noche, los sueños se entrecruzan de cama en cama, de persona en persona, y lo que uno sueña es continuación de lo que otro también sueña. Sueños hilvanados de tres que quieren ser uno. De dos que quisieran ser todos. Mas nunca de uno, que uno solo no hace nada.

En el gabinete del médico famoso se entretienen los sueños. Sueños de tantos pacientes escrudriñados en los repliegues del sofá de cuero. Pero también los sueños en este momento de Yalina y de Yosef y de Atria. Las historias se multiplican y las enseñanzas se restan. Un borrador acaba con las palabras en el pizarrón. Lo escrito se diluye y el ritmo es el de la revelación. Permanecen la pura percepción y la sensualidad de todas las cosas encerradas en un gabinete.

El compartido sueño de Yosef Shamai es visto por las dos mujeres.

La casa se ha vuelto oscura con pequeños focos de luz roja encendida. Es una casa centenaria de inacabables habitaciones y de pasadizos encubridores. Podría ser la revelación de un cuadro de Velázquez que esboza una puerta en el fondo y unos espejos denunciadores, unas



Tratamiento electro-diagnóstico en La Salpêtrière



Este cuadro pintado por André Brouillet estaba en el consultorio de Freud en Viena

figuras de niñas y un pintor en el momento de atrapar el sueño de los demás. Altos ventanales apenas dejan entrever la luz y en un recorrido por escalinatas y rellanos, secretos van revelándose. La parte escondida que nunca ha querido exponerse se muestra en su crudeza y en su concisión.

Lo oculto es siempre lo reducido y la vaguedad del sueño no detiene el paso de lo temible. Las habitaciones con excesiva decoración, sin un resquicio para el descanso de la vista, asfixian y parecen caer a plomo sobre Yosef y las dos mujeres. Enormes candiles penden de los techos, pero la iluminación sigue siendo insuficiente.

Algo buscan por las habitaciones el médico y las dos mujeres que a veces le acompañan y otras no, y otras más sólo una de ellas. Las puertas que abren no son las de la habitación esperada. Cuando la encuentran es una habitación llena de huesos de muertos. En el centro hay una enorme figura que no se sabe si es real o esculpida: muestra unas piernas dobladas con rodillas protuberantes y los músculos de las pantorrillas muy resaltados. Parece un modelo para estudiar anatomía.

Las tres figuras abandonan la habitación y llegan a un gran salón de fiestas. Los invitados son innumerables y están vestidos de rigurosa gala. Yosef Shamai destaca entre todos. Es el más misterioso y atractivo. Su belleza se impone y tiene algo de temible. Emanada una poderosa esencia sexual. Podría ser un seductor asesino y los invitados lo adivinan con recelo.

Es la hora de la cena. La sirven de manera abundante en grandes bandejas de plata. Se escancian vinos de toda clase. Traen dos grandes panes de *shabat* unidos, pero que se separan fácilmente y se colocan en cada extremo de la enorme mesa. Atria se lo acaba de decir a la cocinera y el camarero de frac los ha colocado. El ambiente es a media luz, pero en colores vivos: rojos, naranjas, amarillos.

Una vez terminada la cena los invitados se levantan a tomar café y licores. La orquesta toca suavemente y algunas parejas bailan.

Yalina ha desaparecido y es entonces cuando Yosef se besa con Atria. Pero ya no se trata de Atria, sino de Yalina y Atria es la que desaparece ahora. Como si en un parpadeo una mujer se convirtiera en la otra.

De nuevo se retoma el recorrido por las habitaciones y escaleras laberínticas. Surgen las esculturas y los cuadros que parecen vivos. Hay un busto de una niña colgado en una pared. Tiene la cara abotargada por los golpes, un moretón en un ojo y está viva.

Reaparecen los cuartos abarrotados de lo concebible y de lo inconcebible. Todo tipo de muebles, de todos los estilos, ornamentos, figurillas de porcelana, cortinas de brocado largas y espesas, cuadros amontonados tapizando las paredes. No hay hueco para el descanso de la vista.

En otro cuarto, dentro de una chimenea, hay una serie de cráneos. Yosef utiliza unas tenazas larguísimas para sacar uno de los cráneos del fuego. El cráneo no parece real, es mayor de lo normal. Se lo enseña a una de las cambiantes mujeres: Atria o Yalina, Atria y Yalina. No se inmutan, seducidas por el cráneo que parece vivo.

El sueño continúa saltando de cama en cama, de persona en persona. Los tres lo comparten. El tiempo no cuenta. El sueño no ha despertado. La memoria se escapa y el reino de la libertad se instaura.

La mañana después del sueño, Yosef espera en su gabinete la llegada de Yalina. Oye el relinchar de los caballos y la carroza que se detiene. Queda a la espera de la puerta que se cierra suavemente, del roce de la falda que se arrastra por el suelo, del cuerpo que se anuncia sedoso, del velo que cubre el rostro. Dirige su vista hacia el sillón de cuero donde habrán de yacer juntos médico y paciente en apretado abrazo y cuerpos entrelazados, mientras la esposa los contempla con la bandeja del té y las pastas recién horneadas. En el gabinete de los sueños.